

El barón, por su parte, la contemplaba con estupor, asombrado del brusco cambio que en ella se había verificado, y sentía indignación sin límites, acordándose del atrevimiento de Dantenac, que había llevado su audacia hasta poner la mano sobre el heredero del nombre y de las riquezas de los Mosés.

Y este pensamiento le absorbía de tal modo, que hablando consigo mismo, á media voz, decía:

—¿De manera que ese Dantenac se ha atrevido?...

Matilde contestó vivamente:

—¿Le acusa usted?... El no ha hecho más que defenderse.

—¿Dónde está?

—Lo ignoro.

—¡El miserable!

—¿Por qué miserable?—dijo la joven mirando á su padre con asombro.—Yo no tengo nada que reprocharle.

—¿Dónde está?—repitió el padre.

—No lo sé.

La joven se expresaba con un despego y una indiferencia que ofendió al barón.

No insistió en lo que concernía á Pedro Dantenac, y lleno de piedad por el profundo desaliento de la joven, la preguntó con dulzura:

—Y tú ¿qué vas á hacer?

—Qué sé yo—contestó Matilde.—Hubiera querido permanecer al lado de Jacobo, velar por él... Pero ahora no sé lo

que me pasa, ni lo que quiero, ni lo que será de mí...

El barón la cogió una mano; pero ella la retiró diciendo:

—Déjeme usted... Usted solo es el que ha sido causa de mi perdición. Vuelva usted á su lado; yo tengo necesidad de estar sola; quiero reflexionar.

El barón la estrechó contra su pecho, apoyó los labios en su frente, y acompañado por ella, atravesó el ancho pasillo y llegó á la escalera.

Volvió la joven al salón, cuando escuchó una voz que la llenó de asombro; acababa de reconocer la voz de Pedro.

## X

## ¡Adiós!

Al separarse del viejo Mosés, el marqués de Caussédé estaba bajo el peso de un amargo desconsuelo.

Hay que decirlo todo.

El bearnés era todo un caballero.

Rechazaba ciertas villanías que suelen verse muy frecuentemente.

Aun para vengarse de Jacobo Mosés, nunca hubiera denunciado á aquel enemigo que probablemente no hubiera tenido con él los mismos escrúpulos.

Pero no por eso se alegró menos cuando tuvo noticia de la catástrofe.

Luego que se enteró de la escasa importancia de lo ocurrido, sufrió una de-

cepción, y no sabía qué partido tomar, ahora que su esperanza en Dantenac había fracasado.

Al dejar al barón con Matilde, Causse-dé se dirigió al salón, donde vió, asombrándose como el doctor Desbarres, al marido de Matilde que no se había movido para nada.

Dantenac estaba como antes, de pie derecho, apoyado en la pared, y sujetándose el pecho con la mano.

—¡Usted aquí!—dijo Causse-dé.

—Sí, y ya puede usted comprender que si estoy todavía, es porque no he podido marcharme.

—¿Está usted herido?

—En efecto.

—¿Gravemente?

—No lo sé.

—¿Y no ha sido usted socorrido?

Pedro Dantenac sonrió tristemente.

—Estas gentes—dijo—me dejarían morir como un perro, y tienen razón. ¿Qué soy para ellos? Menos que un perro todavía.

Causse-dé le mostró el revólver de Jacobo Mosés, que había conservado.

—¿Tiene usted dos balas en el cuerpo?—preguntó.

—Es posible.

—Y usted, ¿le ha contestado?

—¿Cómo hubiera podido hacerlo?

—¿No tiene usted armas?

—Yo había ofrecido un duelo á ese hombre... un duelo al estilo de nuestro

país, en que todo el mundo puede defenderse.

—¿A cuchillo?

—En efecto; él había entrado en mi casa... como un ladrón... Hubiera podido matarle... pero me repugna combatir con un adversario sin armas. Le dí uno de los dos cuchillos que había comprado en el último momento. El lo rechazó desdeñosamente, amenazándome con la brutal insolencia del amo enfrente de un pobre empleado como yo... Después sacó el revólver del bolsillo y se dispuso á hacer fuego si no le dejaba paso libre... yo esperaba.

—¿Y ha disparado?

—Sin duda... Después no sé lo que ha pasado. Una oleada de sangre me cegó... Me arrojé sobre él... le estrangulaba y estaba dispuesto á estrellarle en el patio; pero me le arrancó de las manos... ¡jella!... Más tarde, al encontrarme solo, es cuando me di cuenta de que estaba herido.

—¿Sufre usted?

—Me siento muy débil... No me atrevo á dar un paso... Estoy inundado de sangre... El doctor Desbarres debe volver de un momento á otro.

—¿Le ha visto?

—Hace un instante... al pasar... por casualidad.

—¿Y qué piensa usted hacer?

—Abandonar esta casa para siempre.

—¿Y después?

Pedro Dantenac contempló al marqués fijamente,

—Usted me ha ofrecido su alianza—  
dijo.

—Francamente.

—Como yo la he aceptado.

—Entonces...

—Los Mosés han hecho dos víctimas.

—¿Benedetta y usted?

—Precisamente. Mi resentimiento contra Jacobo Mosés es doble. Más tarde ó más temprano me vengaré, pero necesito algún tiempo; mientras tanto nos ocuparemos de Benedetta. ¿Dónde está?

—Ya se lo diré.

—¿Cuándo?

—Mañana. ¿Dónde estará usted?

—Plaza Louvois, hotel Louvois.

—Bien; yo me marchó. El barón está aquí... es preciso que no nos vea juntos.

—Es lo más razonable.

—¿Usted no tiene necesidad de mí?

—No, el doctor va á volver.

—¿Lo ha prometido?

—Sí.

—Se oyó una puerta que se abría en el vestibulo.

Era el doctor Desbarres que volvía, fiel á su promesa.

Caussedé estrechó la mano del herido y le dijo en voz baja:

—Está convenido. Hasta mañana.

—Adiós.

El bearnés se escurrió por otra puerta del salón, llegó hasta el vestibulo y desapareció en el momento que entraba el doctor.

El médico pudo examinar entonces á aquel segundo cliente que, como el primero, le deparaba la casualidad.

En breves instantes pudo darse cuenta de su estado.

El barón Mosés era un tirador de primera fuerza y su arma era excelente.

Pedro Dantenac debía su salvación á una circunstancia fortuita.

Al volver de Lisboa, traía una gran cartera llena de papeles de importancia, y no había abandonado esta cartera.

Una de las balas, la primera sin duda, había tropezado con la cartera, y perforándola por el centro, había quedado aplastada entre los papeles, detenida por aquella coraza de nueva invención.

—¡Demonio!—dijo el doctor alegremente,—he aquí un recuerdo que deberá usted conservar. Sin él, es probable que no tuviera usted necesidad de mis cuidados. Derecha al corazón.

La otra bala había penetrado en el pecho, un poco más alta, pero desviándose á lo largo de una costilla.

—Vamos, es poca cosa — declaró el doctor, que hizo la primera cura con bastante habilidad, utilizando los elementos que tenía á mano.—Nada grave, pero puede usted dar gracias y decir que tiene buena estrella.

—¿De manera, doctor...?

—Que estará usted bueno dentro de algunos días, con tal de que se esté usted tranquilo y quieto.

—¿Y podrè retirarme?

—Si tiene usted valor...

—¿Y el otro?—preguntó timidamente Dantenac.

—¿Jacobó Mosés?

—Si.

—También estará bueno después de algunos días de descanso. Esto es asunto de mi ilustre compañero Berard. Usted comprenderá que no se confía un enfermo como ese á un cirujano de ocasión como su humilde servidor.

El doctor Desbarres continuó más bajo, como si tuviera miedo de que pudieran oír las paredes:

—Tenga usted cuidado... Estos Mosés están llenos de despecho y de bilis. El joven barón no perdonará á usted fácilmente su ridícula situación. En el balcón estaba usted soberbio, como un gladiador romano; y después de recibir dos tiros, ha hecho usted verdaderos prodigios. Y—añadió, terminando la cura,—si alguna vez tiene usted necesidad de mí, ya sabe donde me tiene.

—Gracias, doctor, tendré mucho honor en volver á saludarle.

—¿Se marcha usted?

—Al instante.

—¿No hay reconciliación?

—Imposible.

—Ya sabe usted, á las mujeres no hay quien las entienda. Es muy posible que ahora...

Dantenac no contestó nada.

Era el momento en que el barón Mosés, después de su explicación con Matilde, se retiraba á su casa.

La joven se dirigió lentamente á su habitación.

Al pasar por la puerta del salón oyó ruido de voces confusas.

¿Quién estaba allí?

Por lo pronto su marido, puesto que había reconocido su voz.

El doctor Desbarres había dicho la verdad. Los médicos están todos iniciados en los secretos del corazón.

Matilde entró.

Estaba profundamente triste, sombría.

Hubiera podido pasar por la estatua de la desolación.

Pedro Dantenac concluía de vestirse.

Dos manchas sangrientas se señalaban sobre la alfombra.

—¿Estás herido?—preguntó la joven con interés.

—Si.

—¿Gravemente?

—No.

Matilde respiró.

Dantenac cogió su sombrero y se disponía á salir.

—¿Adónde vas?—le preguntó la joven, como Causседé momentos antes.

—A la ventura, á la casualidad.

Matilde vaciló un momento; después se decidió á hablar.

—Ya comprendo que todo ha concluído entre nosotros—murmuró.

—Todo, en efecto.  
 —Y, sin embargo, yo no puedo odiarte.  
 Quisiera...  
 —¿Qué?  
 —Dirigirte una súplica.  
 —¿Y es?...  
 —Desearía, cuando estemos separados... pues que hemos de separarnos... recibir noticias tuyas... Esa herida...  
 —Ya he dicho que no tiene gravedad.  
 —¿Me prometes que me escribirás?  
 —¿Para qué?  
 —Para saber lo que es de tí.  
 —No tiene objeto. ¿No lo hemos dicho hace un instante? ¡Todo ha concluido entre nosotros!  
 —Sin duda; pero...  
 —Eso sería reavivar recuerdos penosos, renovar dolores...  
 —¿No quieres!  
 Dantenac movió la cabeza.  
 Matilde permanecía inmóvil con la frente inclinada hacia el suelo.  
 El doctor había recogido sus instrumentos y cerrado su bolsa.  
 Se inclinó profundamente ante la joven.  
 Dantenac dió un paso hacia la puerta.  
 —Adios—dijo.  
 Matilde respondió como un eco:  
 —Adios.  
 La puerta se cerró entre ellos.  
 En el portal se separaron los dos hombres, pero antes dijo el doctor:  
 —Ya ve usted... lo que yo le decía, las

mujeres son incomprensibles. Y es adorable á fe mia, ¡encantadora!...

Pedro Dantenac se llevó la mano al pecho.

No era su herida lo que le molestaba, era su corazón.

Pero no volvió la cabeza atrás.

Llegó hasta la calle y desapareció.

## XI

### Rico y pobre.

• Los acontecimientos que acabamos de referir habían tenido lugar en breves instantes.

El barón Mosés acababa de entrar en su hotel.

Después de una corta visita á la habitación de su hijo, bajó á su gabinete tranquilo con las declaraciones del doctor Berard.

El estado del herido no ofrecía la menor inquietud.

Causedé, que en el momento de la llegada del padre, estaba al lado de Jacobo, se había encargado de los mil detalles que forman el acompañamiento obligado de estos accidentes de familia.

Habia que informar con discreción á la baronesa y á Raquel Mosés, que salían de la Opera en el momento de la catástrofe; inventar una causa cualquiera que diera la tranquilidad en el presente y garantías para el porvenir.